

8. Domingo Ordinario A/2014

Las lecturas de este domingo hablan de la providencia de Dios. Nos muestran que Dios siente cariño por nuestro bienestar así como siente cariño por las aves y flores en el campo. Nos invitan a poner todas nuestras preocupaciones y problemas en sus manos porque él no es indiferente a nuestras necesidades.

La primera lectura describe el estado espiritual del pueblo de Israel durante el tiempo del exilio. Nos muestra que debido al sufrimiento que pasaron, pensaron que Dios los había abandonado. Nos da también la respuesta de Dios a la queja de Israel asegurándonos que aunque una madre se olvidara de sus niños, él nunca nos abandona.

Lo que este texto nos enseña es que Dios acompaña continuamente a su pueblo a través de los altibajos de su historia. Otra idea es que Dios quien es fiel a su pueblo, nunca le abandona a pesar de las circunstancias de la vida. La última idea que tenemos es relacionada a la verdad de que la experiencia del sufrimiento trae a menudo la duda de que Dios ame a su pueblo y de que esté siempre con nosotros.

Este texto nos ayuda entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla de la providencia de Dios. El Evangelio comienza con la invitación de Jesús a servir a un maestro y no a dos amos. La razón que él da es que cuando uno sirve a dos amos al mismo tiempo, es fácil amar a uno y odiar al otro. Por lo tanto, sus discípulos no pueden servir a Dios y al dinero.

Después de esto, Jesús invita a sus discípulos a no estar preocupados sobre la vida, sobre todo en sus necesidades básicas como alimento o ropa. La razón que él da para esto es que la vida vale más que el alimento y que el cuerpo vale más que el vestido.

Entonces, Jesús da dos ejemplos concretos a fin de mostrarles como Dios en su providencia tiene cuidado de sus criaturas. El primer ejemplo se refiere a las aves que no siembran, no cosechan o almacenan en graneros, pero tienen siempre su alimento en abundancia y a su tiempo. El segundo ejemplo está relacionado con las flores que no trabajan o hilan, pero siempre lucen bonitas y maravillosamente bien vestidas.

Si es así, Jesús dice, no sirve de nada a su pueblo preocuparse por el alimento o el vestido. Después, da algunas razones por qué sus discípulos no deberían inquietarse. Primero, dice que la gente no puede prolongar su vida siquiera un momento. Segundo, afirma que si Dios puede cuidar de las aves y de las flores, con mucha más razón puede hacerlo con los seres humanos que son tan importantes para él.

Por eso, Jesús invita a sus discípulos a no preocuparse por cosas materiales como los paganos lo hacen. Lo que importa, entonces, es buscar primero el reino de los cielos y su justicia y todo lo demás les será dado por añadidura. Jesús termina su discurso con una declaración en la que dice que cada día traerá ya sus propias preocupaciones.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la providencia de Dios sobre nosotros. De hecho, nuestra cultura nos ha ensañado que debemos trabajar más a fin de tener éxito en la vida. Es verdad que cuando ponemos nuestro mejor esfuerzo en lo que hacemos, vamos a tener éxito.

No es incorrecto el hacerlo así, de hecho, también sería irresponsable no hacerlo de esta manera. En verdad, si no hacemos nada, no podemos esperar que algo bueno nos

pase. Trabajar mucho, contar con nuestro esfuerzo a fin de tener éxito es ciertamente un signo de que tomamos nuestro deber muy seriamente.

Sin embargo, una cosa es ser responsable y contar con nuestro propio empeño y otra cosa es pensar que el éxito es solo el resultado de nuestros esfuerzos personales. Es verdad que el éxito viene de nuestros esfuerzos, pero gracias a la bendición de Dios. Como el salmo 127 dice, “si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles; si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila el centinela”. En este sentido, es Dios quien permite que nuestros esfuerzos prosperen. Por supuesto, trabajamos mucho y damos lo mejor de nuestras habilidades e inteligencia para tener éxito, pero es Dios quien nos mantiene en buenas condiciones y nos da la salud de modo que seamos capaces de lograr todo esto.

Por eso, cuando Jesús nos invita a no preocuparnos sobre el alimento o el vestido, quiere que abramos nuestros ojos y reconozcamos la parte que Dios juega en nuestra vida. No podemos negar que experimentaremos ansiedad, ya que Dios no nos promete una vida sin ansiedad. Pensar así, sería irrealista. Normalmente, la ansiedad es parte de lo que significa ser humano. Por ejemplo, si alguien está desempleado y no sabe como pagará el alquiler mañana, sentirá ansiedad ciertamente. Del mismo modo, si un padre no tiene nada para alimentar a su familia, ciertamente sentirá ansiedad y miedo sobre lo que le sucederá mañana. Tal ansiedad es natural.

La ansiedad a la cual se refiere Jesús, es la que permitimos que nos consuma completamente como si no existiera ninguna esperanza a nuestro problema. Es una ansiedad que destruye nuestra energía y nos hace desesperarnos como si Dios nos hubiera abandonado. Creo que es contra tal ansiedad que rezamos en la misa, cuando decimos “Protégenos de toda perturbación mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo”.

Por eso Jesús nos invita a poner nuestra ansiedad en las manos de Dios, buscando primero el reino de Dios, sabiendo que Dios nos proporcionará lo que necesitamos para nuestro cuerpo y para nuestra vida. En este sentido, tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos en todo lo que hacemos con la confianza de que Dios nos bendecirá, porque así es su voluntad.

En otras palabras, actuemos y trabajemos mucho, pero con la conciencia de que todo depende de la voluntad de Dios quien va a bendecir nuestros esfuerzos. Usemos todo nuestro esfuerzo para tener éxito como si todo dependiera de nosotros, pero sin olvidar que todo cuanto tenemos y somos depende de Dios. Contemos con la providencia de Dios, aunque tengamos que trabajar mucho a fin de tener éxito. Esta es la gracia que debemos pedir en esta Eucaristía. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 49, 14-15; 1 corintios 4, 1-5; Mateo 6, 24-34



Fecha de la Homilía: el 2 de Marzo 2014

© 2014 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 201400302homilia.pdf